

La sinodalidad, un llamado a regresar a las raíces bíblicas de la Iglesia¹

Xavier Alegre
Facultat de Teologia de Catalunya, Barcelona
Centro Monseñor Romero, San Salvador

1. Introducción

Gracias al progreso en los estudios bíblicos, *hoy sabemos* que la Iglesia no la fundó Jesús directamente, sino que nació después de la pascua. Nació por la voluntad de sus primeros compañeros de ser fieles a su proyecto, de modo que Jesús Resucitado, a través de su Espíritu, siguiera actuando en nuestro mundo hasta el día en que Dios pueda ser todo en todos (1 Co 15,20-28), el día en el que el cielo nuevo y la tierra nueva, la nueva Jerusalén, puedan ser una realidad plena (Ap 21,1-22,5). Por eso ponen en marcha la Iglesia cristiana en Jerusalén, pues, siendo judíos como eran, querían ser plenamente fieles al Antiguo Testamento. Y la resurrección escatológica de Jesús los llevó a pensar que el fin del mundo estaba cerca (Pablo da testimonio de ello en 1 Te 4,13-18). Y, como buenos judíos, esperaban que el regreso de Jesús tuviera lugar en Jerusalén (Is 60; 62)².

Hoy sabemos también que han pasado veinte siglos desde del inicio de las iglesias cristianas, un tiempo en el cual estas han intentado adaptarse a las nuevas situaciones que han ido viviendo a lo largo de los siglos, recordando y

-
1. Este artículo se basa en una ponencia en el Congreso anual de la Associació Bíblica de Catalunya, que tuvo lugar en Vic, el 27 de diciembre de 2022. En esa ponencia desarrollé un artículo publicado inicialmente en *Manresa*, 94 (2022), 335-346.
 2. La importancia fundamental de la Iglesia de Jerusalén, según Hechos y Pablo, no excluye, como hoy los especialistas bíblicos ven más claramente, que en los inicios hubiera también comunidades cristianas (algunos prefieren llamarlas comunidades “nazarenas”) en Galilea. Q sería un buen testimonio de ello. Esas comunidades son también muy significativas a los inicios. S. Guijarro, “Los inicios del cristianismo en Galilea”, *Reseña Bíblica*, 116 (2022), 44-53. Guijarro afirma que “no debemos olvidar que los evangelios incorporan tradiciones que fueron conservadas y transmitidas en Galilea” (p. 47).

actualizando la enseñanza y el proyecto de Jesús, dejándose guiar, más o menos, por el Espíritu Santo (Jn 14,26; 16,13). El libro de los Hechos de los Apóstoles insiste mucho en que el Espíritu Santo dirige a la Iglesia ante las nuevas situaciones históricas que enfrenta. Por eso sabemos también que las estructuras que en las iglesias se han ido dando, incluida la Iglesia católica, son consecuencia de esta evolución histórica y no voluntad explícita de Jesús³.

De esa manera, hemos descubierto que el sacerdocio sacramental, tal como lo encontramos hoy en la Iglesia católica, no aparece antes del siglo II y, por tanto, no es la voluntad explícita de Jesús, pues él no instituyó dicho sacerdocio el jueves santo, tal como se creyó durante mucho tiempo. Ni identificó ese sacerdocio con la elección de los Doce, que encontramos testimoniada en los evangelios sinópticos (Mc 3,13-19 par)⁴. La elección de los Doce quería ser un signo simbólico-profético de que Jesús había venido a cumplir la promesa hecha por Dios en el Antiguo Testamento al pueblo de Israel, exiliado en Babilonia, de que reuniría a las ovejas perdidas, las doce tribus de la casa de Israel (Ez 34).

Es obvio, por tanto, que la exclusión de la mujer del sacerdocio sacramental, en la actualidad unido esencialmente al gobierno de la comunidad eclesial en la Iglesia católica, no tiene nada que ver con la realidad histórica, ni con el núcleo de la fe. No hay fundamento histórico alguno para sostener que así lo quiso Jesús. La exclusión de la mujer responde más bien a una comprensión histórica equivocada de la revelación bíblica⁵.

-
3. M. Theobald, "Die Zukunft des kirchlichen Amtes. Neutestamentliche Perspektiven angesichts der gegenwärtigen Blockaden", *Stimmen der Zeit*, 216 (1998), 195-208. Traducido y condensado en *Selecciones de Teología*, 38 (1999), 10-17.
 4. Una buena visión crítica de la concepción actual del sacerdocio sacramental en la Iglesia católica, la podemos encontrar en X. Pikaza, *La novedad de Jesús. Todos somos sacerdotes* (Madrid, 2014).
 5. Ya son muchos los exegetas católicos que lo han hecho notar. Indico solo algunos artículos, condensados en *Selecciones de Teología*, que se pueden consultar en línea: E. Schüssler-Fiorenza, "Neutestamentliche frühchristliche Argumente zum Thema Frau und Amt", *Theologische Quartalschrift*, 173 (1993), 173-185 (cfr. *Selecciones de Teología*, 33 [1994], 327-337); D. Mieth, "Haben Frauen ein Recht auf das Priestertum?", *Theologische Quartalschrift*, 173 (1993), 242-244 (*Selecciones de Teología*, 33 [1994], 338-340); D. M. Ferrara, "The Ordination of Women: Tradition and Meaning", *Theological Studies*, 55 (1994), 706-719 (*Selecciones de Teología*, 35 [1996], 16-22); W. Beinert, "Priestertum der Frau. Der Vorhang zu, die Frage offen?", *Stimmen der Zeit*, 212 (1994), 723-738 (*Selecciones de Teología*, 35 [1996], 3-15); G. Kraus, "Frauenordination. Ein drängendes Desiderat in der katholischen Kirche", *Stimmen der Zeit*, 137 (2011), 795-803 (*Selecciones de Teología*, 51 [2012], 288-294); K. Ruhstorfer, "Die Glaubenskongregation zur Priesterweihe der Frau. 'Mitte des Glaubens'?", *Herder*

Si se tiene presente todo esto, se comprende que el obispo de Roma, Francisco, con el fin de que seamos fieles a los orígenes bíblicos de la Iglesia, pida con razón una conversión, no solo personal, sino también eclesial, promoviendo la sinodalidad, en el seno de la Iglesia católica. Una sinodalidad que, como muy bien indica J. P. García Maestro,

encierra una metáfora que describe la identidad de la Iglesia como pueblo de Dios en camino, en peregrinación hacia el reino conforme a las exigencias del evangelio, subrayando la común dignidad de todos los cristianos y su corresponsabilidad en la misión en razón de la gracia bautismal, que es el principio básico de la comunión⁶.

Una sinodalidad que está en consonancia con la necesidad de una *Ecclesia semper reformanda*, tal como nos pide el papa Francisco⁷. Y para ello no será suficiente limitarnos a actualizar las estructuras y las formas de funcionamiento de la Iglesia católica. En cierto modo, será una nueva creación⁸, que recupere las raíces bíblicas de la Iglesia.

La pregunta que se nos plantea, entonces, es con qué criterios hemos de hacer un buen *discernimiento eclesial* para ser fieles al tipo de Iglesia que Jesús querría hoy⁹. Y esta reflexión debemos hacerla partiendo de la Biblia, puesto que la *Dei verbum* indica que el

Korrespondenz, 8 (2018), 25-28 (*Selecciones de Teología*, 58 [2019], 69-74); y M. Theobald, “Apostolizität und Macht. Ein Konflikt aus neutestamentlicher Sicht”, *Bibel und Kirche*, 74 (2019), 84-94 (*Selecciones de Teología*, 59 [2020], 179-186).

6. “Los laicos en una Iglesia sinodal”, *Sinite*, 187 (2021), 111. Condensado en *Selecciones de Teología*, 61 (2022), 96-107.
7. Ya el concilio Vaticano II subrayó la necesidad de una reforma continua en la Iglesia: “Cristo llama a la Iglesia peregrinante hacia una perenne reforma, de la que la Iglesia misma, en cuanto institución humana y terrena tiene siempre necesidad” (*UR* 6). Un buen artículo, que muestra bien por qué el papa Francisco cree, con razón, que la sinodalidad es lo que Dios espera de la Iglesia en el tercer milenio, en M. Baujard y E. Grieu, “Un Synode très attendu”, *Études*, 165, 4286 (2021), 81-90. Ver *Selecciones de Teología*, 61 (2022), 251-256.
8. R. Luciani, “Tempo di conversione, tempo di riforma”, *Il Regno – Attualità*, 2 (2022), 57-64. Ver *Selecciones de Teología*, 61 (2022), 261-270. Asimismo, es interesante la reflexión crítica de S. Noceti, “Novos ministerios para una reforma pastoral”, *Encrucillada*, 46, 226 (2022), 5-22. Ver *Selecciones de Teología*, 61 (2022), 280-289.
9. Resulta iluminador el libro de G. Lohfink, *La Iglesia que Jesús quería* (Bilbao, 1986); ver también X. Alegre, “Utopía: La Iglesia tal como Jesús la quería”, en X. Alegre, O. Tuñí, J. I. González Faus y J. Rambla, *Iglesia, ¿de dónde vienes?, ¿a dónde vas?*, pp. 19-52 (Barcelona, 1989).

Magisterio, evidentemente, no está sobre la palabra de Dios, sino que la sirve, enseñando solamente lo que le ha sido confiado, por mandato divino y con la asistencia del Espíritu Santo, la oye con piedad, la guarda con exactitud y la expone con fidelidad, y de este único depósito de la fe saca la que propone como verdad revelada por Dios que se ha de creer (DV 10).

Esto supuesto, queda claro que el criterio fundamental que hemos de emplear para el discernimiento eclesial ha de ser la misma palabra de Dios, sobre todo, la del Nuevo Testamento, leído en el contexto del Antiguo Testamento¹⁰.

1.1. Las primeras iglesias cristianas, ¿fueron “sinodales”?

Teniendo en cuenta lo anterior, nos podemos preguntar si la Iglesia fue “sinodal” desde sus inicios. De hecho, si miramos la historia de la Iglesia católica en los últimos mil años, que culminan en el concilio Vaticano I, parece que tendríamos que decir, imitando a santo Tomás, en las “cuestiones” de su *Summa Theologica, que videtur quod non* (parece que no). En cambio, si miramos la historia de la Iglesia en sus mil primeros años¹¹ y, sobre todo, si analizamos el nacimiento de las primeras iglesias cristianas, tal como lo encontramos testimoniado en el Nuevo Testamento, la respuesta creo que ha de ser, tal como hace santo Tomás en sus “cuestiones”, claramente positiva. Y esto es lo que quiero mostrar en este artículo.

Me centraré, por tanto, en el análisis de los textos bíblicos, aunque, sin duda, sería muy interesante analizar también la evolución histórica de la Iglesia católica. Pero como esto aquí no es posible, me conformaré con retomar la opinión de V. Goldie, quien, en un artículo muy interesante, “De sociedad piramidal a *koinonía* sinodal: el todavía inconcluso proceso de reforma de la Iglesia”, afirma que “[u]na mirada a la historia de la Iglesia en el primer milenio nos lleva a considerar que la Iglesia desde su origen fue sinodal”¹².

10. Actualmente, se han desarrollado muchísimos métodos exegéticos que pueden ayudar a una mejor interpretación de los textos bíblicos, como señaló, con razón, en 1993, la Pontificia Comisión Bíblica, en “La interpretación de la Biblia en la Iglesia”. La Comisión advierte que la única lectura que no es legítima es la fundamentalista, literalista (A 3 F).

11. Una respuesta positiva la da, por ejemplo, el documento preparatorio del sínodo de 2023: *Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión* (11).

12. *Gregorianum*, 103 (2022), 53, sobre todo el análisis de las páginas 45-67.

Goldie está en lo correcto, ya que la evolución de las iglesias cristianas, desde que Constantino declaró en el siglo IV que el cristianismo era la religión oficial del imperio y, sobre todo, a raíz de la reforma gregoriana del siglo XI — una reforma, en principio, necesaria para combatir la simonía en los cargos eclesiásticos y la manipulación de las iglesias por parte de los poderes políticos—, implicó, como en el caso de la creación de la monarquía de Israel, un proceso de clericalización y de patriarcalización del poder eclesiástico. El proceso fue muy negativo para las iglesias, tal como lo palpamos hoy, sobre todo, a raíz de los escándalos de la pederastia clerical¹³. Por otro lado, esa evolución es muy sorprendente, si tenemos presente la crítica radical que, según Mateo 23,8-12, hizo Jesús del modelo patriarcal de estructurar la Iglesia. El texto afirma que sus dirigentes deben distinguirse por el servicio auténtico (*cfr.* también Mc 10,42-45) y no por el deseo de gobernar y llevar vestidos especiales, que los distingan del resto de los fieles (Mt 23,3-8)¹⁴.

1.2. La necesidad de recuperar la sinodalidad en la Iglesia

En la cultura democrática actual, cada vez hay más voces que, inspiradas en la propuesta del papa Francisco sobre la sinodalidad y desde el Nuevo Testamento, reclaman la necesidad de recuperar la igual dignidad de los bautizados, laicos o clérigos, tal como ya proclamó Pablo, en Gálatas: “Ya no hay distinción entre judío o no judío, entre esclavo o libre, entre varón o mujer, porque todos ustedes son uno en Cristo Jesús” (3,28). Si no recuperamos esa igualdad fundamental, no seremos fieles al significado de la Iglesia como pueblo de Dios, tal como lo revela el Nuevo Testamento, leído en el contexto del Antiguo. Es por esa razón que el clericalismo y el patriarcalismo son cuestionados hoy en día. No solo predominan en el seno de la Iglesia, sino que son causa de muchos males. Por consiguiente, en estas páginas me propongo

-
13. Desgraciadamente, durante la reforma gregoriana, no hubo en la Iglesia un profeta como Samuel, que avisase de los peligros que implicaba para la fe cristiana estructurar monárquicamente la Iglesia. *Cfr.* N. Lohfink, “Die davidische Versuchung der Kirche”, *Orientierung*, 42 (1978), 80-84. Ver *Selecciones de Teología*, 19 (1980), 75-79.
 14. En este sentido, es interesante la observación de Pikaza sobre la Iglesia, en *La novedad de Jesús*, o. c., p. 152, n. 76: “Sus ministros son servidores de una Palabra regalada (no de un secreto o noticia que se paga) y de un Pan compartido (no se compra o vende). No están al servicio de una tarea externa, ni son funcionarios de un sistema que debe expandirse como instancia de poder sacral, sino simplemente personas que comparten humanidad al estilo de Jesús. No son fichas o peones de un tablero de tareas reglamentadas por sistema, sino hombres o mujeres que animan en amor a los demás, para que ellos mismos sean y vivan, en camino compartido, como encarnación-hijos de Dios”.

demostrar que la Iglesia, por fidelidad al proyecto del reino-reinado de Dios, que caracterizó la predicación y la actuación de Jesús de Nazaret, está llamada a hacer presente dicho proyecto en este mundo, para lo cual es necesario *recuperar la sinodalidad*, esencial a su testimonio colectivo como *pueblo de Dios*. Y lo ha de hacer siendo fiel a *la manera concreta* como Jesús, según los evangelios, encarnó dicho proyecto en su vida.

Además, si queremos recuperar el carácter sinodal de la primera Iglesia, hemos de situar los dones jerárquicos, ahora tan significativos en la Iglesia católica, en el contexto de los dones carismáticos¹⁵, tal como lo encontramos testimoniado en Pablo (1 Co 12). Este no habla aún del liderazgo eclesial en términos de sacerdocio sacramental. Pablo sitúa este don, hoy en día unido al sacramento del orden en la Iglesia católica, en penúltimo lugar, antes del don de lenguas (1 Co 12,28-30). Notemos también que Pablo, en 1 Corintios 12, subraya específicamente la diversidad y la complementariedad de los carismas, en el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, unos carismas que culminan en el mayor de todos, no el sacerdocio ministerial, sino el amor (1 Co 13).

En este sentido, al examinar los inicios de las iglesias cristianas, podremos comprobar que, así como el sacramento del matrimonio entrega un don a las personas casadas para vivir su vida matrimonial, animadas por la fe, sin por ello situarlas por encima de las personas no casadas, el sacramento del orden sagrado entrega un don significativo a las personas ordenadas para que puedan desarrollar su ministerio, su servicio, pero no las coloca por encima de los demás cristianos. Aparte del bautismo y la eucaristía, los sacramentos fundamentales de la Iglesia, *el sacerdocio es propio de todas las personas bautizadas*, lo cual afirma la igualdad fundamental entre todos los miembros de la Iglesia, pueblo de Dios (Ap 1,6; 5,10; 1 Pe 2,9; cfr. Ex 19,6). Por eso, T. Söding dice, con razón, que “se deforma lo que significa ser sacerdote en la Iglesia, cuando el sacerdocio particular del servicio no se enraiza en el sacerdocio de todo el pueblo de Dios”¹⁶.

15. R. R. Gaillardetz, “La forma sinodal del ministerio y del orden en la Iglesia”, *Concilium*, 390 (2021), 267-278. Ver *Selecciones de Teología*, 60 (2021), 293-300.

16. “Jesus, der Priester. Spiegelbilder des Neuen Testaments”, *Internationale Katholische Zeitschrift Communio*, 50 (2022), 4. La traducción es mía, cfr. pp. 4-22.

2. El nacimiento de las iglesias cristianas

2.1. La Iglesia recoge la antorcha del pueblo de Dios, Israel

En contra de la idea, tradicional durante mucho tiempo, que daba por hecho que Jesús instituyó la eucaristía y el sacerdocio ministerial el jueves santo, poniendo en marcha la Iglesia, hoy sabemos, gracias a un mejor conocimiento de la Biblia, incluso entre los católicos, que la Iglesia nace después de la pascua.

Y tenía que ser así, pues la Iglesia, en cuanto pueblo de Dios, ya existía en tiempos de Jesús, de acuerdo con lo que nos revela el Antiguo Testamento. Era el pueblo de Dios, Israel. Por eso, Jesús no lo podía crear, desautorizando la promesa que su Padre había hecho a Israel, pues “los dones y la llamada de Dios son irrevocables” (Rm 11,29). Tan solo cuando los líderes de Israel (Mc 12,12; 14,53-54) y el mismo pueblo (Mt 27,25) rechacen al Hijo y lo maten, podrá Dios, que “escribe recto con renglones torcidos”, llamar a los paganos a formar parte del pueblo de Dios¹⁷. Israel no quiso tomar en serio la advertencia de Jesús. En la parábola de los pérfidos viñadores, este les advierte que si rechazaban y mataban al Hijo, les quitarían la viña, símbolo del pueblo de Dios (Is 5,1-7), y se la daría a un pueblo que diera el fruto que Dios esperaba y exigía de su pueblo (Mt 21,33-46; Mc 12,1-12; Lc 20,9-19). El *don* de la alianza no implica un cheque en blanco, sino que comporta, esencialmente, una misión a favor de todos los pueblos de la tierra (Gn 12,1-3). Si la *misión* no es cumplida y el talento recibido es enterrado, el don se pierde (Mt 25,26-29).

La Iglesia, por tanto, nace después de la pascua, gracias a la acción del Espíritu Santo. Así se revela, una vez más, que formar parte del pueblo de Dios, de la Iglesia, es un don gratuito de Dios a todos sus miembros (Hch 2). Por eso, no debería sorprendernos que, de acuerdo con el testimonio de Hechos 2, el Espíritu Santo no lo reciben solo los Doce, sino todos los miembros de la primera Iglesia, hombres y mujeres (¡!). De esa manera, todas y todos se convierten en profetas (Hch 2,16-18) y el profetismo es, según 1 Corintios 12,28, uno de los carismas más grandes en la Iglesia.

En el contexto bíblico, entonces, el nacimiento de la Iglesia cristiana como pueblo de Dios es fruto de una relectura fundamental del Antiguo Testamento, realizada por los primeros compañeros y compañeras de Jesús, gracias a la experiencia del Resucitado (Lc 24,45) y al don del Espíritu Santo (Jn 14,26; 16,13). Los seguidores de Jesús cayeron en la cuenta de que habían sido llamados, como descendencia de Abraham, a ser pueblo de Dios, recogiendo la antorcha del pueblo de Israel. Si el don de la liberación de Egipto (Ex 3-15)

17. Una amplia explicación en X. Alegre, *Carta a los Romanos*, pp. 247-298 (Estella, 2012).

había llevado a Israel a una misión, a la alianza con Dios en el monte Sinaí (Ex 19-25) y a tomar conciencia de que ello lo había convertido en un pueblo sacerdotal (Ex 19,6), pues le dio la tarea de ser puente (*pontifex*) entre Dios y el resto de la humanidad (Gn 12,3), ahora, gracias a la muerte y resurrección de Jesús, sus discípulos tomaron conciencia de que eran el pueblo de Dios renovado, que debía encarnar la Nueva Alianza, tal como había prometido Dios en el Antiguo Testamento (Lc 22,20; 1 Co 11,25; *cfr.* Jr 31,31-34; Ez 36,26-28).

Si leemos el Nuevo Testamento a la luz del Antiguo Testamento, queda claro, en todo caso, que Jesús vino al mundo para reconstituir el pueblo de Dios, tal como ya lo había anunciado Ezequiel (Ez 34). Prueba de ello es que Jesús llamó a doce varones judíos (Mc 3,13-19 par; Mt 19,28) como signo profético de que había venido a cumplir las promesas hechas por Dios en el Antiguo Testamento. De esa manera, reunió simbólicamente a las doce tribus de Israel.

2.2. La Biblia, hilo conductor en la reflexión sobre la sinodalidad eclesial

El hilo conductor de mi reflexión será la Biblia, dado que ella es el don que Dios ha regalado a los creyentes en Jesús para ayudarnos a discernir si, y en qué medida, somos fieles a nuestra vocación eclesial de ser el “pueblo de Dios” (2 Tm 3,16). En esta reflexión desde la Biblia conviene tener presente que la Iglesia, al igual que Israel, según lo presenta aquella, es santa y pecadora a la vez. Pero la Biblia no nos proporciona solo un modelo de cómo quiere Dios que vivamos, sino también quiere que escarmentemos en cabeza ajena, al observar todo lo negativo que ha realizado el pueblo de Dios, a lo largo de la historia (1 Co 10,1-12)¹⁸. Semejante aproximación favorece la humildad y ayuda a discernir si, y en qué medida, merecemos el nombre de “pueblo de Dios”. Y si, y en qué medida, estamos necesitados de conversión, como nos pide hoy el papa Francisco.

De hecho, llama la atención que, cuando Pablo reflexiona sobre cómo Dios actúa en el mundo y cuál ha sido su papel fundamental como apóstol, fundador de iglesias, subraye que se ha dedicado a predicar el evangelio, porque lo considera más eficaz que administrar sacramentos (1 Co 1,14-25). Y lo fundamenta diciendo que lo hace por fidelidad al evangelio, porque este es el poder de Dios, que trae la salvación al mundo entero (Rm 1,16). Y es así porque, tal como proclama en la carta a los Romanos, el evangelio revela cómo es Dios, espe-

18. A propósito de los israelitas que fueron liberados de la esclavitud egipcia y murieron en el desierto, porque no fueron fieles a Dios, Pablo escribe en 1 Co 10,11-12: “Todas estas cosas que les sucedieron a ellos eran como ejemplo para nosotros y se han escrito para escarmiento nuestro, que hemos llegado a la plenitud de los tiempos. Así, pues, quien presume de mantenerse en pie, tenga cuidado de no caer”.

cialmente su justicia salvadora (Rm 1,17)¹⁹. De hecho, dado que Dios respeta la libertad personal y no pretende manipular al ser humano, actúa en las personas revelando y revelándose. Así, estas pueden ser lúcidas y conocer cómo vale la pena actuar en este mundo, dominado por el mal, por el pecado, que condiciona negativamente nuestro modo de pensar. Está claro, por tanto, que es a la luz de la revelación bíblica como hemos de discernir si las iglesias actuales son fieles a Jesús, al proyecto de Dios.

Qué nos revela, entonces, el Nuevo Testamento sobre la esencia, el sentido y la misión de la Iglesia.

3. La Iglesia vista a la luz de la revelación bíblica

3.1. La Iglesia en el contexto del Antiguo Testamento

Desde la perspectiva bíblica, el sentido y la misión de la Iglesia deben ser analizados en el contexto de la elección de Israel como “pueblo de Dios”, según la revelación del Antiguo Testamento. El hecho de que la Iglesia sea, primariamente, el pueblo de Dios, lo reconoció el concilio Vaticano II, cuando, al debatir la constitución sobre la Iglesia (*Lumen gentium*), los padres antepusieron el capítulo segundo sobre el pueblo de Dios al capítulo sobre la estructura de la Iglesia, en contra de la propuesta de la curia vaticana.

En el Antiguo Testamento, el hecho de que Israel sea “el pueblo de Dios” pretende revelar, por un lado, *cómo es Dios*. Dado que ser pueblo de Dios es un don gratuito de Dios a Israel: Dios es, esencialmente, amor absolutamente gratuito. Y, por otro, muestra *su misión*: la salvación universal. Dios quiere salvar a todo el mundo, tal como lo reconoce un discípulo de Pablo (1 Tm 2,4).

A diferencia de lo que parece obvio a la lógica “humana”, el amor de Dios es siempre un don previo y gratuito²⁰. Por eso, escoge a los pobres, los marginados, y no a los poderosos, para que formen parte de su pueblo. Ya en el Génesis, Dios

19. Para interpretar bien este texto, es importante comprender bien lo que Pablo entiende por “justicia de Dios”, pues su concepto de justicia (bíblica) es muy diferente del que tenemos hoy, *cfr.* X, Alegre, *Carta a los Romanos*, o. c., pp. 51-71.

20. Esa idea queda aún más clara en el Nuevo Testamento, pues esto es también lo que revela esencialmente la muerte de Jesús en la cruz, como proclama Pablo: “Estábamos nosotros incapacitados para salvarnos, pero Cristo murió por los impíos en el tiempo señalado. Es difícil dar la vida incluso por un hombre de bien; aunque por una persona buena quizá alguien esté dispuesto a morir. Pues bien, Dios nos ha mostrado su amor haciendo morir a Cristo por nosotros cuando aún éramos pecadores. Con mayor razón, pues, a quienes ha puesto en camino de salvación por medio de su sangre, los salvará definitivamente del castigo” (Rm 5,6-10).

escoge primero a un emigrante, un mojado, Abrahán, a quien desinstala e invita a ponerse en camino hacia un futuro, en principio, desconocido, fiándose tan solo de la palabra, de la promesa de Dios (Gn 12,1-3).

Más adelante, lo revela aún más claramente en el Éxodo, cuando Israel es esclavo en Egipto. Dios escoge un pueblo pequeño y esclavizado como Israel, lo ayuda a liberarse (Ex 3-15) y le promete una tierra maravillosa (Ex 3,8) con una intención muy clara. Por un lado, revelar la gratuidad de su amor, que no desea el mal a nadie. Y, por otro, encomendarle una misión. Dios hace una alianza con ese pueblo (Ex 19-24), lo cual implica que se dé unas leyes que prioricen y defiendan a los pobres y los marginados. Buen signo de ello será que, cada siete años, Israel perdone las deudas (Dt 15; Lv 25,1-7) y que, cada cincuenta años, distribuya de nuevo las tierras entre todas las familias del pueblo, a fin de evitar que los ricos sean cada vez más ricos y los pobres, cada vez más pobres (Lv 25,8-22).

Al elegir a Israel como su pueblo —y lo mismo vale para la Iglesia—, Dios pretende mostrar a todos los pueblos de la tierra (Is 19,19-25; Am 9,7) que “otro mundo es posible y necesario”. Un mundo donde no haya pobres, porque el egoísmo no es ya el motor de la economía, sino la experiencia del amor gratuito de Dios, que consigue que todo el mundo comparta, tal como lo muestra modélicamente, según Lucas, la primera Iglesia (Hch 2,42-47; 4,32-35; *cf.* Dt 15,4). Por eso, en el Levítico, Dios le dice al pueblo de Israel: “Las tierras no se podrán vender a perpetuidad y sin limitación, porque la tierra es mía y ustedes son emigrantes y criados en mi propiedad” (25,23). Está claro, por tanto, que los dones de Dios siempre comportan una tarea. Al elegir a Israel —y también a la Iglesia—, Dios pretende *posibilitar la misión* para la cual lo necesita: reinar en este mundo, no por la violencia, sino a la manera divina, revelando las posibilidades del amor gratuito.

Ahora bien, la *misión* que recibe el pueblo de Dios no comprende solo dar testimonio de su proyecto, lo que Jesús denominó reino-reinado de Dios (Mc 1,15), sino hacerlo de la misma manera que lo hizo Jesús (Jn 13,14-15; 15,20). Por eso, como veremos más adelante, el talante del liderazgo o del gobierno del pueblo de Dios no puede ser la imposición, el dominio y la subordinación, típicos de las monarquías absolutas y de los gobiernos de este mundo (Jn 18,36)²¹, sino el del servicio (Mc 10,42-45). Lo característico del pueblo de Dios —y de la Iglesia— no es la subordinación, sino la *comunión*, que implica que la libertad (Ga 5), la igualdad (Ga 3,28) y la fraternidad (1 Jn 4,19-22), que más

21. Juan lo critica claramente. Ver X. Alegre, “Mi reino no es de este mundo”. Conflictividad de la existencia cristiana en el mundo, según el cuarto evangelio”, *Estudios Eclesiásticos*, 54 (1979), 499-525. También en *Diakonia*, 21 (1982), 68-82.

adelante la revolución francesa asumió como propias, sean parte esencial de la manera de ser de todos los miembros del pueblo de Dios o de la Iglesia.

3.2. La Iglesia como pueblo de Dios

De lo anterior se deduce que, ser parte del pueblo de Dios y de la Iglesia, no es un privilegio ni un mérito propio. La Biblia revela claramente que “en Dios, no hay lugar para los favoritismos” (Rm 2,11), pues “quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad” (1 Tm 2,4; *cf.*: Gn 18,17-19).

Supuesto que Dios es esencialmente amor (1 Jn 4,16-21) y que ha creado al ser humano libre para que pueda responder adecuadamente a su amor previo y gratuito, no quiere, ni puede, por fidelidad a su esencia, manipularlo nunca. Ni siquiera en caso de que el ser humano falle. Si llegara a hacerlo, Dios no revelaría hasta qué punto es real y esencialmente Amor. Esta es una revelación fundamental para la fe cristiana, que pretende capacitarnos para amar gratuitamente a las hermanas y hermanos (1 Jn 4,7-21).

Desgraciadamente, el ser humano ha fallado y sigue fallando, tal como ha quedado claramente testimoniado en la misma Biblia, incluido el pueblo de Dios (Ex 32; Rm 1,18-3,20 y *passim*). Por eso y para ayudarlo a salir del círculo vicioso en el cual el pecado lo ha encerrado, Dios actúa positivamente sobre él. Pero lo hace a la manera divina, revelándose y revelándole cómo vale la pena vivir la vida. Esto se hizo necesario, porque el ser humano, al pecar, introdujo el mal, el pecado (Gn 3), en el mundo. Esta realidad, que hoy denominamos “pecado estructural”, nos condiciona negativamente, nos impide ver bien la realidad y no nos permite vivir de una manera digna y verdaderamente feliz.

3.3. ¿Qué revela el Antiguo Testamento sobre el papel que Dios confía a su pueblo?

Me limitaré a señalar aquí algunos elementos fundamentales de la experiencia religiosa del pueblo de Dios, testimoniados en el Antiguo Testamento, que nos revelan el contexto de la misión que Dios ha confiado ahora a su Iglesia.

Dios, que ha creado todo lo bueno, reina siendo bueno y misericordioso con todas sus criaturas (Gn 1), y transformando la realidad histórico-social injusta en una realidad justa, en la cual reine la solidaridad. El hecho de que en esa nueva realidad no haya pobres es signo de su reinado (Ex 37,10; Dt 15,4; Sal 10,17-18).

Por eso, Dios le pidió a Israel que, dando gracias por la liberación de la esclavitud en Egipto, fruto de su acción gratuita (Dt 26,5-10; 7,6-8), cumpla la alianza, cuyas leyes quieren mostrar que otro mundo, justo y solidario, es posible y necesario (Ex 19,5-6; Dt 26,12.18-19). En consecuencia, esas leyes defienden claramente al pobre (Dt 15; Lv 25). De hecho, en Israel no debe haber pobres (Dt 15,4). Por eso, su rey, lugarteniente de Dios, se ha de caracterizar por defenderlos (Sal 72,1-4.12-14).

Pero ni los reyes (1 y 2 Reyes), ni el pueblo obedecieron a Dios, sino que se dejaron contaminar por los falsos valores de este mundo injusto (Is 1,10-26; 58; Am 2,4-16; Mi 6,1-8).

Dios, entonces, suscitó unos *profetas*, que interpelaron directamente al pueblo de Israel, sobre todo, a los poderosos, para que volvieran a ser fieles a la alianza (Amós, Isaías, Oseas, Jeremías...). Pero estos no tuvieron éxito (Is 5,1-7; Mc 12,1-12 par).

Por eso, el Antiguo Testamento anuncia un mesías de la línea davídica (Is 2,1-5; 9,1-6; 11,1-9; 42,1-4/Mt 12,15-21; Is 53,4/Mt 8,17; Is 61,1-2/Lc 4,16-20; Rm 1,3-4) y un *profeta* como Moisés (Dt 18,15.18; *cfr.* Mt 11,2-6/Lc 7,18-23), que ayudarán a Israel a cumplir finalmente su misión a favor del mundo. Es la misma misión que Dios había encomendado a Abraham.

La misión del mesías y del profeta esperado (Jesús) consistirá en reunir a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Ez 34; Mc 3,13-19; Mt 10,5-6; Jn 10,1-18; *cfr.* Lc 15,3-7) y posibilitará así que Israel pueda cumplir ahora la nueva alianza (Jer 31,31-34; Ez 36,26-32). De esa manera, mostrará a todos los pueblos de la tierra que otro mundo, uno justo y solidario, no solo es posible, sino también necesario.

En este contexto, aparece Jesús, según el testimonio de los evangelios. Jesús vino para llevar a plenitud el reino-reinado de Dios, el proyecto que había revelado en el Antiguo Testamento (Mt 5,17-49). Llamó a *doce varones judíos* (Mc 6,7-13) como signo profético-simbólico de la misión que, por encargo del Padre, había venido a realizar en este mundo. De esa manera, indicó que venía a cumplir lo que Yahvé había prometido a Israel en el Antiguo Testamento (Ez 34). Jesús no vino a abolir la ley, el símbolo de la alianza, sino a llevarla a su plenitud (Mt 5,17-19), reinterpreteándola de un modo radicalmente nuevo (Mt 5,20.21-49), desde el mandamiento del amor al prójimo (Mt 7,12; Rm 13,8-10).

Por tanto, la Iglesia nace, según el testimonio del Nuevo Testamento, para continuar el proyecto de Jesús después de su muerte y resurrección. Un proyecto que, como hemos visto, Jesús denominaba el “reino-reinado de Dios” (Mc 1,15;

Mt 4,17.23; Lc 4,43, *cf.* 4,16-20). Se trata de un proyecto que, como recuerda Jesús resucitado en Hechos 1,3, continúa siendo actual después de la experiencia pascual. De manera que, según Hechos 28,31, incluso Pablo predica el reino de Dios en Roma.

Notemos, sin embargo, que Jesús nunca explicó, según los evangelios, lo que quería decir cuando anunciaba el reino-reinado de Dios. Siendo un buen judío, como en efecto lo era, podía suponer que sus oyentes entendían perfectamente lo que quería decir con esta fórmula, a partir de su conocimiento del Antiguo Testamento²². De todas maneras, mostró con claridad lo que quería decir cuando, según el buen resumen que hace Pedro de su vida en Hechos 10,38, se dice que “pasó por el mundo haciendo el bien y liberando a los oprimidos por el mal [el diablo, en lenguaje bíblico]”. El evangelio subraya que fue una buena noticia liberadora para los pobres y los oprimidos (Mt 11,2-6), tal como había ya anunciado el tercer Isaías (Is 61,1-2; *cf.* Lc 4,16-20).

No obstante, a medida que pasaba el tiempo, Jesús fue tomando cada vez más conciencia, según los evangelios, del poco éxito que iba a tener su anuncio y su actuación mesiánica. De ello dan buen testimonio Marcos (Mc 3,6; 6,1-6a; 8,17-21) y Juan (Jn 6,60-71). Por eso, cuando prevé que lo rechazarán y matarán antes de que pueda convertir en realidad plena el reino de Dios (Mc 8,31; 9,31; 10,32-34), prepara a sus discípulos para que puedan continuar su proyecto más allá de su muerte y resurrección (Mc 14,28), posibilitando así la comprensión del anuncio de su resurrección (Mc 16,7²³) y de la misión que debían cumplir después de la pascua (Mt 28,16-20). Jesús había escogido a sus discípulos (Mc 1,16-20; 2,14) para que estuvieran con él y vieran lo que hacía y decía, y, luego, continuaran con su proyecto de reunir a las ovejas perdidas de la casa de Israel como testigos y misioneros (Mc 3,13-19; 6,7-13). Y antes de su muerte, les prometió que les enviaría al Espíritu Santo, que les recordaría todo lo que él había dicho y hecho (Jn 14,26), y les ayudaría a actualizar su proyecto (Jn 16,13), recogiendo así la antorcha del pueblo de Dios, tal como lo había explicado el Antiguo Testamento.

-
22. Desarrollé este aspecto en esta revista, en “El reino de Dios y las parábolas en Marcos”, *Revista Latinoamericana de Teología*, 67 (2006), 3-29; M. N. Vázquez Pérez, “¿Todavía el reino de Dios? Evolución de la teología del reino y su impacto, hoy”, *Iglesia Viva*, 282 (2020), 9-32.
23. El significado del anuncio del ángel a las mujeres de que digan a los discípulos que vayan a Galilea y su silencio en Marcos (Mc 16,7-8), lo expliqué en “Un silencio elocuente o la paradoja del final de Marcos: ‘Y no dijeron nada a nadie porque tenían miedo’ (Mc 16,8b)”, *Revista Latinoamericana de Teología*, 58 (2003), 3-24; y 59 (2003), 135-161. Reproducido en X. Alegre, *La Palabra no está encadenada*, pp. 121-189 (San Salvador, 2009).

3.4. El talante de la Iglesia como pueblo de Dios, según los evangelios

Según el Nuevo Testamento, para poder formar parte de la Iglesia, como pueblo de Dios, se ha de *seguir a Jesús* (Mt 28,19-20) y permanecer unido a él (Jn 15,1-10; 1 Jn 2,6), porque él es la plenitud del Antiguo Testamento, su relectura definitiva y la presencia decisiva de Dios entre los seres humanos (Jn 1,14.18). Por eso, todos los evangelios canónicos enmarcan la vida de Jesús, que culminó en su muerte y resurrección, en el contexto del llamado a los discípulos a seguirlo (Mc 1,16-20 con 16,7; Mt 4,18-22 con 28,16-20; Lc 5,1-11 con 24,36-53; Jn 1,35-51 con 20,19-29 y 21,15-23). Mateo, en particular, insiste en este punto, al presentar a Jesús, ya resucitado, encargando a sus discípulos que vayan a todos los pueblos de la tierra y los conviertan en discípulos, bautizándolos y enseñándoles a guardar todo lo que él les había enseñado (Mt 28,16-20).

El seguimiento no es nada fácil. Si los poderes constituidos persiguieron a Jesús, hasta clavarlo en una cruz, también perseguirán a sus discípulos, si son consecuentes (Jn 15,20). Por eso, Jesús insiste, según los evangelios, en que el que quiera seguirlo en este mundo tan injusto, correrá un grave *peligro político, social, económico e incluso religioso* (Mc 8,34; cfr. Ap 13). Pero es obvio que Jesús quería que promovieran su proyecto tal como él lo había encarnado, pues era consciente de que los falsos valores de este mundo fácilmente podían contaminarlo y desfigurarlo.

Es en este contexto que Jesús prevé que lo rechazarán y no le permitirán realizar personalmente el proyecto de reino-reinado de Dios, y que comienza a preparar a sus discípulos para que lo continúen, después de su muerte y resurrección. En Marcos, esto se ve claramente a partir de 8,31, cuando Jesús deja prácticamente de hacer milagros. Y desde el primer anuncio de su muerte y resurrección, empieza a exponer con claridad los valores alternativos del reino, los cuales provocarán tanto su persecución como, más tarde, la de sus discípulos, por parte de los poderes de este mundo, concentrados en el imperio romano (y en todo imperio), según el Apocalipsis²⁴. ¿Cuáles son, pues, estos peligros?

En el *campo político y social*, el gran peligro que amenaza a la Iglesia es buscar el poder y la grandeza. Jesús advierte contra este peligro, a raíz de que Santiago y Juan, buscando el poder, le piden ocupar los primeros puestos en el reino de Dios (Mc 10,35-40). La petición provocó la indignación de los otros

24. X. Alegre, "El Apocalipsis, memoria subversiva y fuente de esperanza para los pueblos crucificados", *Revista Latinoamericana de Teología*, 26 (1992), 201-230; y 27 (1992), 293-324. También en X. Alegre, *Memoria subversiva y esperanza para los pueblos crucificados*, pp. 25-86 (Madrid, 2003).

discípulos, que, por lo visto, pensaban de manera semejante (Mc 10,41). La advertencia de Jesús es, entonces, muy clara:

Saben que los que figuran como jefes de las naciones las gobiernan tiránicamente y que sus magnates las oprimen. No ha de ser así entre ustedes. El que quiera ser grande entre ustedes, que sea su servidor; y el que quiera ser el primero entre ustedes, que sea esclavo de todos. Pues tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por todos.

Como este peligro es muy serio, Jesús, a pesar de ser el Maestro, da un ejemplo de servicio humilde a sus discípulos, al lavarles los pies, un servicio propio de esclavos (Jn 13,1-20). E insiste en que lo ha hecho para darles el ejemplo (Jn 13,12b-15). Jesús pone la *humildad* como punto de referencia de toda persona cristiana, al presentar como modelo a un niño (Mc 10,11-14; Mt 18,14). Por eso, Jesús, que según la visión de Mateo ya prevé lo que ocurrirá con el tiempo en su Iglesia, critica a los líderes que quieren llevar vestidos especiales, presidir siempre y recibir títulos como padre, maestro o preceptor, colocándose por encima de los demás y separándose así de la comunidad (Mt 23,1-12). Según este texto de Mateo, en la comunidad cristiana no puede haber “padres”, porque todos somos “hermanos”. Es así como, al referirse a la estructura de la Iglesia, el papa Francisco hable de “una pirámide invertida”. Quienes la dirigen no están por encima del pueblo de Dios, sino a su servicio. ¡Y no solo de palabra, sino con hechos!

El peligro es todavía mayor en el campo *económico*. El dinero²⁵ se puede convertir muy fácilmente en un ídolo, incluso con buena voluntad, con la excusa de facilitar la misión. Lucas, en especial, denuncia continuamente el peligro que comporta el amor al dinero, ya que, para él, es obvio que no se puede servir a Dios y al dinero (Lc 16,1-13; cfr. 6,20-26; 12,15-21.33-34; 16,19-31; 18,18-27; 19,1-10). Por eso, un discípulo de Pablo subraya que “el amor al dinero es la raíz de todos los males” (1 Tm 6,10). Y Pablo recalca a su comunidad de Corinto, que Jesús, “siendo rico, se hizo pobre por ustedes, para enriquecerlos con su pobreza” (2 Co 8,9), no con su riqueza...

Notemos que, ya en el Antiguo Testamento, la *religión* y el *Templo* se convirtieron en un obstáculo grave para aceptar a Jesús, sobre todo, porque fomentaron el legalismo (Mc 2,1-3,6) y una religiosidad cúlrica, desencarnada. En vez de fomentar la fe y el amor al prójimo, llegó a convertir el Templo en

25. Los escándalos de las finanzas en el Vaticano, y no solo en él, son un claro ejemplo de ello.

una cueva de ladrones (Mc 11,12-25)²⁶. En el mundo cristiano aparecieron muy pronto, según el Nuevo Testamento, grupos alternativos, que intentaron “espiritualizar” el mensaje cristiano (1 Jn 2,18-19; Mt 7,21-23) y desvalorizaron la encarnación de Jesús (1 Jn 4,2). Estas corrientes culminaron en los movimientos gnósticos de los siglos II y III. Las *Odas de Salomón*, de comienzos del siglo II, son un buen testimonio de ello²⁷.

En todo caso, Marcos deja bien claro que, con la muerte de Jesús en la cruz, la reconciliación con Dios y el perdón de los pecados se han convertido en una realidad definitiva, tal como lo recuerda Pablo en 2 Corintios 5,17-21. De esa manera, el culto en el Templo se ha terminado. Así lo indica simbólicamente el rasgamiento, de arriba abajo, del velo del Santo de los santos, tan significativo en la celebración del día de la expiación (Lv 16), pues protegía al sumo sacerdote de la santidad de Dios, mientras realizaba su función (Mc 15,38 par).

Estos valores fundamentales, promovidos por Jesús, están amenazados ahora más que nunca, en nuestro mundo neoliberal globalizador. Las iglesias cristianas los han ido perdiendo, desde que Constantino y Teodosio declararon el cristianismo como religión oficial del imperio y desde la reforma gregoriana del siglo XII. El retorno a la sinodalidad inicial, que caracterizó a las primeras iglesias, pretende, impulsado por el papa Francisco, recuperarlos, desde la inspiración evangélica.

4. Rasgos de las iglesias que nacen de la pascua y de pentecostés

4.1. Las primeras iglesias sienten la llamada a vivir la nueva alianza

El don del Espíritu Santo, que el Resucitado entregó a sus discípulos (Lc 24,44-49; Jn 20,22-23), y su venida sobre ellos, el día de pentecostés (Hch 2), los ayudó a recuperar y profundizar su fe en Jesús de Nazaret, resucitado. Los discípulos tomaron conciencia de que su convivencia con él, durante su vida pública, y el don del Espíritu Santo los capacitaban para poner en marcha la Iglesia como el pueblo de Dios de la nueva alianza (Lc 22,20; 1 Cor 11,23-26), de acuerdo con lo que Dios había prometido a los profetas en el Antiguo Testamento (Jr 31,31-34; Ez 36,23-32).

26. En una de sus obras más antiguas, *La alternativa cristiana* (Salamanca, 1978), J. M. Castillo desarrolló muy bien que la Iglesia está llamada a ser una auténtica alternativa, en un mundo tan injusto como el nuestro.

27. Ver mi Introducción y notas a la traducción de las *Odas de Salomón*, de A. Peral, en A. Díez Macho y A. Piñero (eds.), *Apócrifos del Antiguo Testamento*, vol. III, pp. 79-130 (Madrid, 2002).

Los discípulos se apoyaron en la experiencia de la muerte y resurrección de Jesús, desde la cual relevaron el Antiguo Testamento, su Escritura (Lc 24,44-48). Por eso, aunque es probable que hayan huido a Galilea, después de la muerte de Jesús, los Doce y los primeros discípulos, ellos y ellas, regresaron a Jerusalén. Ahí esperan el fin del mundo, que creen cercano, ya que Jesús no había revivido como Lázaro, sino que ha resucitado, tal como se esperaba que ocurriría con los creyentes, al final de los tiempos (*cf.* 1 Te 4,13-18; Mc 9,1). Es en Jerusalén donde un buen judío esperaba el retorno definitivo del mesías, al fin del mundo (Is 60). En Jerusalén sitúa Lucas la venida decisiva del Espíritu Santo, que constituye a todas y todos los miembros de la comunidad jesuánica en profetas (Hch 2,14-41).

De ahí que, según Lucas, allí se forma la primera Iglesia cristiana, judía y de lengua aramea, en continuidad creadora con el pueblo de Dios del Antiguo Testamento. Por eso, para Lucas, la primera Iglesia, en cuanto cumple el proyecto anunciado ya por Dios en el Antiguo Testamento, se distingue por el hecho de compartir, evitando así que haya pobres en medio de ella (Hch 2,42-47; 4,32-35; *cf.* Dt 15,4).

Pero, como había ocurrido ya en el Antiguo Testamento, sus miembros no son perfectos. El “pecado original” cristiano, que simbólicamente introduce también la muerte en la comunidad, es el de Ananías y Safira, que mienten para no tener que compartir todo (Hch 5,1-11). Por tanto, los dones de Dios nunca son una confirmación de la gracia, un seguro de salvación, sino que dan una tarea, que si no se cumple, si se entierra el talento, ponen en riesgo nuestra salvación (*cf.* Mt 25,14-30).

No nos tiene que sorprender, por tanto, que los Hechos de los Apóstoles, que narra la vida de las primeras iglesias cristianas, y las cartas de Pablo nos den testimonio de la grandeza y de las dificultades que tuvieron que sobrellevar las primeras comunidades. Estas experiencias nos permiten ver críticamente lo que ocurrirá luego en todas las iglesias. Asimismo, nos dan pistas para realizar un buen discernimiento sobre la fidelidad de las iglesias al proyecto de Jesús de Nazaret, su vocación y su misión.

En todo caso, es significativo, por un lado, que en el Nuevo Testamento aparezca el *talante misionero* de toda la Iglesia. En este sentido, es muy importante que en Hechos se vea cómo la Iglesia se va extendiendo desde Jerusalén (Hch 2), pasando por Samaria, hasta Roma, la capital del imperio romano (Hch 28), el símbolo de los confines de la tierra conocida. Asimismo, es muy significativo que, precisamente, los grandes apóstoles Pedro y Pablo se caractericen por ser misioneros (Ga 2,9). Es un rasgo que el papa Francisco quiere recuperar para toda la Iglesia. Por eso, destaca que ha de ser una “Iglesia en salida”,

abierta a la universalidad de todos los pueblos, tal como Pedro descubrió, según Hechos 10, que era la voluntad de Dios. Pablo dio testimonio de ello, tal como lo revelan los Hechos y las cartas paulinas.

Por otro lado, en Hechos aparece también el peligro de que al abrirse a las distintas culturas, la Iglesia caiga en la *tentación de imponer la uniformidad*, primero “judía” y, más tarde, “romana”, sin respetar el auténtico pluralismo eclesial, el cual ha de ser compatible con su unidad fundamental²⁸. El primer caso de esto lo encontramos en la misma Iglesia de Jerusalén, cuando, por la predicación de los apóstoles, en una ciudad donde conviven judíos de lengua aramea y judíos de lengua griega, los de la cultura helenística se convierten a la fe cristiana. Estos caen en la cuenta más fácilmente de los condicionamientos culturales de la religión judía. En gran medida, gracias a su líder Esteban, un gran teólogo, que ha comprendido incluso mejor que Pedro el profundo significado de la muerte de Jesús en la cruz, la cual había anulado el culto en el Templo y la religión judía (Hch 7; cfr. 1 Co 15,3-5; Rm 3,21-26; 10,4; 2 Co 5,17-21). En consecuencia, dejan de acudir al Templo y de guardar las normas de pureza cultural, que separaban a los judíos de los paganos.

El hecho provoca un conflicto con los judíos cristianos de lengua aramea, ya que, al compartir la eucaristía, unida a una cena comunitaria, los helenistas, que no guardan las leyes que garantizan la separación cultural de los paganos, los contaminan culturalmente. Entonces, los cristianos judíos de lengua aramea, más “tradicionales”, que, si las observan, no pueden acudir al Templo, ni participar de la religión judía, tal como hacían (Hch 2,46).

Este es el problema que subyace en el relato de la institución de los siete diáconos en Hechos 6,1-6. Lucas, probablemente, para no escandalizar a los recién convertidos, disimula el conflicto teológico y lo presenta como un problema de *cáritas*, según el cual las viudas de los cristianos helenistas se sentirían económicamente marginadas en relación con las viudas de lengua aramea de la comunidad. Pero, si continuamos leyendo y miramos la actividad del diácono Felipe, en Hechos 8,26-39, nos queda claro que cuidar de la economía de la comunidad no es la función de los diáconos, en torno a Esteban.

28. La diversidad de modelos de comunidad en el Nuevo Testamento, en M. Ebner, “Zur Vielfalt neutestamentlicher Gemeindemodelle”, *Theologisch-praktisch Quartalschrift*, 169 (2021), 115-123. Ver *Selecciones de Teología*, 61 (2022), 194-202. Ebner muestra, apoyándose sobre todo en Pablo, la importancia de la comunidad frente a sus dirigentes, que al inicio no eran sacerdotes, en el sentido que hoy tiene esta palabra en la Iglesia católica. Sobre la unidad y la diversidad en la Iglesia, como comunión, consúltese W. Gaut, “La catolicidad como principio para una Iglesia disidente”, *Concilium*, 394 (2022), 151-157. Ver *Selecciones de Teología*, 61 (2022), 257-260.

Cuando el diácono Felipe se encuentra al eunuco de la reina de Candaces, no le pide dinero, sino que lo instruye sobre el sentido del Antiguo Testamento y lo bautiza, y, a continuación, se dedica a anunciar la buena noticia, en todas las poblaciones por donde pasa (Hch 8,40). De hecho, al leer el discurso de Esteban en Hechos 7, observamos que es un líder comunitario, muy controvertido por sus opiniones teológicas, lo cual provoca su condena a muerte (Hch 7,54-60).

Muy probablemente, en la elección de los siete diáconos, los Doce, para mantener la unidad de las iglesias, respetando, sin embargo, un cierto pluralismo teológico, aceptan que las comunidades de lengua griega escojan a sus líderes (Hch 6,3) y funcionarios con cierta autonomía, sin guardar al pie de la letra la ley de Moisés. Esto habría posibilitado que los judíos cristianos, tradicionalistas, en sentido estricto, pudieran guardar las normas judías de pureza cultural sin problemas, por el hecho de compartir la eucaristía con los que no las guardan²⁹.

Aquí tenemos un hecho importante, que nos muestra cómo, desde los inicios de la Iglesia, las comunidades cristianas están llamadas a resolver, por medio del diálogo comunitario, los conflictos que surgen en su seno (Mt 18,15-18)³⁰. El

29. Hasta qué punto este conflicto fue serio se observa en que continuó latente, como podemos ver en las cartas auténticas de Pablo, sobre todo, en Filipenses, Gálatas y Romanos. En ellas, Pablo denuncia los serios problemas que tuvo con los cristianos “judaizantes”. Ello a pesar de que, según Ga 2,1-10, en el encuentro, a menudo denominado “concilio”, entre los representantes de la Iglesia de Antioquía, de la línea abierta, y los de la de Jerusalén, más conservadora, liderada por Santiago, Pedro y Juan, se decidió que ambas formas de encarnar la fe del pueblo de Dios cristiano eran legítimas. Lo único que exigieron a los cristianos de la línea abierta fue, según Pablo, solidaridad económica con los cristianos de la Iglesia madre de Jerusalén, más pobre, como señal de comunión. Pero el encuentro no dio el resultado deseado, ya que los cristianos de la línea judía estricta siguieron persiguiendo a los de la línea paulina. Un problema que Lucas, una vez más, disimula en Hechos 15, al superponer la opinión que atribuye a Santiago, que sí impone algunas normas judías a todos los cristianos (Hch 15,13-29), a lo que probablemente decidió “el concilio” y a lo que ocurrió después, en el postconcilio, una reacción conservadora. Nada sorprendente, tal como muestra lo ocurrido con el Vaticano II.

30. A diferencia de Mateo, que en Mt 18,17-18, pone a toda la comunidad como instancia última para resolver los conflictos comunitarios, Lucas, tal como es propio de él, en el conflicto entre las iglesias de Jerusalén y Antioquía, pone en boca de Santiago, el líder conservador de la Iglesia de Jerusalén y hermano de Jesús, lo que debió suceder en el postconcilio (Hch 15,13-29), según queda testimoniado en Ga 2,11-14. Y, además, señala que los delegados de la Iglesia de Antioquía solo trataron el conflicto con los apóstoles y los que presidían la comunidad (Hch 15,2).

hecho revela también la dificultad que comporta para las iglesias que el Espíritu Santo vaya abriendo caminos nuevos. Pero es, precisamente, el Espíritu quien posibilita así un auténtico pluralismo dentro de la Iglesia (Hch 15,28).

En el contexto político de Jerusalén, pocos años antes de la guerra judía con Roma, resulta comprensible que la creatividad y la libertad radical de los cristianos helenistas, que relativizan la religión judía y el Templo, escandalizara a los judíos tradicionales no cristianos de la ciudad. Por eso, los persiguen y asesinan a Esteban, obligando al resto de los cristianos helenistas a huir de Judea. Asesinan a Esteban, porque habla contra el Templo y cambia las normas de la ley de Moisés (Hch 6,13-14), y lo convierten así en el primer mártir cristiano (Hch 7,54-60). Sorprendentemente, en cambio, no persiguen a los dirigentes cristianos arameos, los apóstoles, a pesar de ser los grandes líderes de la Iglesia (Hch 8,1-3). Esto se explica porque, si bien anuncian que Jesús es el mesías, no cuestionan la religión judía, que da identidad al pueblo, y acuden a menudo al Templo (Hch 2,46). El hecho de creer que Jesús es el mesías, les parece equivocado, pero lo consideran algo secundario. De hecho, otros con pretensiones de ser el mesías no fueron asesinados por los líderes judíos.

4.2. El talante de la Iglesia es la comunión entre iguales

Todo esto queda aún más claro a la luz de lo que Pablo dice sobre la Iglesia como “cuerpo de Cristo” (1 Co 12,12; Rm 12,3-8). La *unidad* es propia del cuerpo, pero también lo es la *pluralidad* de sus miembros, la cual comporta una igualdad fundamental entre ellos. Aunque la función de cada uno es, obviamente, distinta, lo que da valor a dicha función, no es tanto lo que hacen, sino la manera como lo hacen, *el amor* con que lo hacen, ya que este es el más grande de los dones de Dios (1 Co 13). En el principio, los apóstoles constituyen el fundamento de la Iglesia (Ef 2,20), ya que ellos posibilitan el enlace con Jesús resucitado y sin ellos aquella no existiría. Asimismo, la Iglesia está conformada por todas las personas bautizadas, cada una con su don, que ha de estar al servicio del bien común (1 Co 12,7).

No nos debe sorprender, por tanto, que Pablo, cuando habla de las diferentes tareas de los miembros del cuerpo de Cristo, coloque en penúltimo lugar, antes del don de lenguas, el servicio de liderazgo eclesial (*kybernêseis*), un servicio que luego encontrará continuidad en el sacerdocio ministerial cristiano, el cual empezó a aparecer, probablemente, en el siglo II³¹. Por otro lado, Pablo subraya

31. Según X. Pikaza, *La novedad de Jesús*, o. c., p. 153: “La burocracia sacerdotal de la Iglesia se impuso por influjo del ambiente jerárquico judío y helenista (romano), y así ella organizó los ministerios como órdenes de sacralidad, distinguiendo jerarquía y laicado y aplicando a los superiores (especialmente obispos) una categoría

también que es propio de la Iglesia trabajar en equipo, pues nadie posee todos los carismas, ni siquiera él (1 Co 3,5-15), ni está por encima de los demás. Por eso, prioriza la comunidad, a la cual dirige sus cartas, no sus líderes.

En este contexto, ya no llama la atención que, a diferencia de lo que ocurre más tarde, en las cartas pastorales, Pablo no margine a la mujer dentro de la Iglesia. De hecho, envía la carta a las comunidades romanas a través de una mujer, Febe, diaconisa y protectora (*prostátis*) de la Iglesia de Cencrea (Rm 16,1-2), lo cual implica que, en su casa, ella presidiría la eucaristía. En su carta a los Romanos reconoce que en Roma se encuentra una mujer, Junia, que es una gran apóstol (Rm 16,7)³². Asimismo, reconoce, a juzgar por el vocabulario que utiliza para indicar su tarea, el liderazgo comunitario de cuatro mujeres, en distintas comunidades romanas —María, Trifena, Trifosa y Pérside (Rm 16,6.12)³³. Y designa a Prisca como su colaboradora (Rm 16,3).

Desgraciadamente, en la segunda generación cristiana (Efesios) y, sobre todo, en la tercera (1 y 2 Timoteo), empieza la transición hacia un tipo de Iglesia doméstica más en sintonía con la casa y la cultura romanas, claramente patriarcales. Este giro no responde a los valores de los evangelios y del Pablo auténtico. Más bien, son valores propios de la sociedad de la época, que privilegia a los varones y a las personas ricas³⁴. Por tanto, la exclusión del liderazgo sacerdotal, ahora unido al sacerdocio ministerial, padecido por la mujer en la Iglesia católica actual, es una traición al Espíritu de Jesús de Nazaret y al espíritu del pueblo de Dios, tal como lo encontramos testimoniado en la Biblia³⁵.

ontológica de tipo sacerdotal, propia del Antiguo Testamento (templo de Jerusalén) y del entorno pagano, pero no del evangelio”.

32. Cfr. X. Alegre, *Carta a los Romanos*, o. c., pp. 346-348; V. Fàbrega, “War Junia(s), der hervorragende Apostes (Rom 16,7), eine Frau?”, *Jahrbuch für Antike und Christentum*, 27/28 (1984/1985), 47-64.
33. Para ellas emplea la voz *kopiáo*, que en otros lugares se utiliza para designar el trabajo apostólico. Cfr. X. Alegre, *Memoria subversiva y esperanza*, o. c., p. 350.
34. Es lo que sostiene con razón X. Pikaza, *La novedad de Jesús*, o. c., p. 75, n. 30: “Esta opción ha sido comprensible y quizá necesaria para que la Iglesia pudiera encarnarse en aquel contexto social, pero lo han hecho abriendo un camino jerárquico que se mantendrá en la Iglesia posterior. En esa línea, los dirigentes de la comunidad tenderán a situarse en la parte de los maridos y amos, pero sobre todo de los *padres*, creando una jerarquía religiosa ajena al evangelio. Ciertamente, la Iglesia ha introducido cambios en ese modelo patriarcal y jerárquico, pero, en el fondo, lo ha seguido manteniendo hasta el momento actual, definiendo así su forma de entender los ministerios, a partir de los obispos, que parecen buenos padres de familia rica, con subordinados y fámulos (sirvientes)”.
35. Cfr. los autores citados en la nota 5.

En la Iglesia de Jesús, todos sus miembros están animados por el Espíritu Santo, tal como hemos visto en Hechos 2 y lo reconoce el concilio Vaticano II (LG 9), que declara:

La universalidad de los fieles que tiene la unción del Santo (*cf.* 1 Jn 2,20-27) no puede fallar en su creencia, y ejerce ésta su peculiar propiedad mediante el sentimiento sobrenatural de la fe de todo el pueblo, cuando “desde el obispo hasta los últimos fieles seculares” manifiestan el asentimiento universal en las cosas de fe y de costumbres (LG 12).

De ahí que es fundamental que todos los fieles participen en las decisiones importantes de la Iglesia y que no haya miembros de primera división (los clérigos) y de segunda división (los laicos). Asimismo, es crucial tener en cuenta el *sensus fidelium*, tal como pide el papa Francisco.

Las raíces bíblicas comprometen a la Iglesia a ser sinodal. En ella, todos y todas han de “hacer camino juntos”, como “seguidoras y seguidores del camino” de Jesús, la manera como Lucas denomina inicialmente a los cristianos (Hch 9,2; 19,9.23; 22,4; 24,14.22). Será, por consiguiente, una Iglesia en la cual todos, incluidos los laicos, trabajan en plena comunión para llevar a cabo el proyecto que Jesús de Nazaret vivió y encarnó en su vida pública. Ese es el proyecto que Jesús resucitado confió a la Iglesia. En consecuencia, todos deben ser misioneros, seguidores y testimonios de Jesús de Nazaret, que dio su vida por amor al mundo (Rm 5,6-8; *cf.* Jn 17,22-23; 3,16), pues Dios lo resucitó, revelando así que era el Hijo y que valía la pena vivir como él vivió.

En este contexto, en 1993, la Comisión Teológica Internacional afirmó, en “La sinodalidad en la vida y misión de la Iglesia”:

En el don y en el compromiso de la comunión se encuentran la fuente, la forma y el objetivo de la sinodalidad, en cuanto expresa el específico *modus vivendi et operandi* del pueblo de Dios, en la participación responsable y ordenada *de todos sus miembros* en el discernimiento y la puesta en práctica de los caminos de su misión (43, el énfasis es mío).

5. Conclusión

A la luz de los textos bíblicos citados, espero que haya quedado suficientemente fundamentada mi tesis de que “hay que recuperar la sinodalidad, la igualdad fundamental en dignidad entre todos los y las bautizadas, sean laicos o clérigos”. Ello implica cuestionar radicalmente el clericalismo y el patriarcado imperantes en la Iglesia católica —y en cualquier Iglesia, que tenga estructuras semejantes³⁶. En consecuencia, es indispensable acabar con la marginación de la mujer en la Iglesia, por cuanto excluirla del liderazgo eclesial —que en la Iglesia católica va unido al sacerdocio ministerial— va en contra de la voluntad de Jesús y de los textos fundamentales del Nuevo Testamento.

En todo caso, un buen discernimiento eclesial, que implica volver a las raíces bíblicas de la Iglesia, pide que recuperemos la *sinodalidad*, que caracterizó a las iglesias cristianas en sus inicios. Solo así seremos auténticos seguidores de Jesús y fieles a la vocación cristiana más auténtica, que debe significarse, además de por la opción por los pobres, por el *servicio humilde* y sencillo de los líderes de la Iglesia, como signo de que el reino-reinado de Dios se ha acercado dinámicamente en Jesús de Nazaret (Mc 1,15). Solo así la Iglesia será fiel a su vocación de ser “pueblo de Dios” y hará un servicio auténtico al mundo. Y lo ha de hacer teniendo muy presente que “una Iglesia que no sirve, no sirve para nada” (Mons. Gaillot).

36. Según X. Pikaza, *La novedad de Jesús*, o. c., p. 156: “El ministro cristiano del futuro no será un sacerdote jerárquico, elevado de forma sacral sobre los fieles, como nobleza espiritual, sino un creyente, que forma parte del pueblo sacerdotal (¡todos los cristianos son sacerdotes!), pero que ha recibido y realiza una tarea al servicio de la comunidad en la línea de Cristo”.